



*Vida del obispo
Pere Casaldàliga*

Descalzo sobre la tierra roja

Francesc Escribano

**Descalzo sobre
la tierra roja**
Francesc Escribano

Vida del obispo Pere Casaldàliga

Traducción de Antoni Cardona

ediciones península

Título original: *Descalç sobre la terra vermella*

© Francesc Escribano Royo, 2000, 2014

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.

Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2000

Primera edición en este formato: octubre de 2014

© de la traducción del catalán excepto prólogo y epílogo, Antoni Cardona Castellà,
2000

© de la traducción del catalán del prólogo y epílogo, Andrés Pozo Cueto, 2014

Todas las imágenes del pliego pertenecen a la familia Casaldàliga
y al archivo del autor

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2014

Ediciones Península,

Pedro i Pons 9, 11^a pta.

08034-Barcelona

edicionespeninsula@planeta.com

www.edicionespeninsula.com

BOOK PRINT - impresión

DEPÓSITO LEGAL: B. 21.770 - 2014

ISBN: 978-84-9942-356-2

CONTENIDO

PRÓLOGO	9
I LOS PRIMEROS PASOS	17
II ABRIENDO LOS OJOS	31
III EL PADRE DE LOS GOLFOS	47
IV UN REMO Y UN SOMBRERO DE PAJA	59
V VOCACIÓN DE VOCACIONES	77
VI EL PEQUEÑO VIETNAM	91
VII TXERAMUNHA	113
VIII JOÃO BOSCO	131
IX LA PATRIA GRANDE	147
X EL CAMINO DE ROMA	169
XI NUEVAS FRONTERAS	183
XII EL DÍA DE HOY	195
EPÍLOGO	205
BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA	219

I

LOS PRIMEROS PASOS

Conservo una imagen nítida y contundente de mi primer encuentro con Pere Casaldàliga: aún puedo ver su figura, de aspecto extraordinariamente frágil, a mi lado, mientras paseábamos por las calles polvorientas y embarradas de São Félix, y casi podría repetir de memoria cada una de sus palabras: «Cuando llegué aquí, lo primero que vi fueron los cadáveres de cuatro niños muertos que habían dejado ante el portal de casa». Intentaba escucharlo y al mismo tiempo seguir el vuelo de sus manos, unas manos delgadas y largas, que dibujaban en el aire lo que habían visto sus ojos: «Cuatro niños muertos metidos en unas cajas de zapatos, ésta fue la bienvenida que tuve». Levantó el brazo, como si quisiera borrar aquel recuerdo, y con una voz rota por la emoción concluyó: «A veces, si no fuera por la esperanza cristiana...».

Supongo que Pere Casaldàliga ha debido de llorar muchas veces desde su llegada a Brasil, pero yo fui testigo de aquellas lágrimas así como de la pasión que evidenciaban. Me impresionaron porque lloraba a su gente. Casaldàliga nació y se hizo hombre en Cataluña, pero si es algo más que esto lo es porque lo ha encontrado o se lo ha dado esta tierra americana. Un lugar donde nunca han faltado motivos para llorar ni causas por las que luchar.

Ha pasado mucho tiempo desde aquel primer encuentro, en 1985. Espero que las cosas hayan cambiado y que la región que me impresionó entonces sea ahora un poco menos salvaje. Espero, también, volver a ver a Pere Casaldàliga con la misma fuerza y la misma determinación que entonces. De momento, una cosa no ha cambiado demasiado: las dimensiones de la avioneta que cubre el trayecto entre Brasilia y São Félix do Araguaia, un bimotor minúsculo que hace un ruido insoportable. Desde la ven-

tanilla contemplo la inmensa alfombra verde de la selva del Mato Grosso, moteada a veces de nubes bajas que no son sino el humo espeso de los incendios provocados por los ganaderos para preparar los nuevos pastos. Son kilómetros y kilómetros de verde, agua y tierra roja. De vez en cuando sorprende encontrar una casa aislada, un pequeño poblado que hace intuir que allá abajo, además de árboles, también hay gente.

La prelatura del Araguaia es extraordinariamente extensa, ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados, un territorio similar a la tercera parte de la geografía española. Mucha tierra para muy poca gente: la población de toda la región no llega a los cien mil habitantes. Ante esta inmensidad me pregunto qué habrá venido a buscar aquí la gente y por qué eligió este lugar Casaldàliga.

En la avioneta sólo viajan cuatro personas. El aspecto de mi compañero de asiento llamaría menos la atención si apareciera como extra en una película americana del oeste; no desentonaría en absoluto. Viste una combinación perfecta de ropa vaquera, un gran sombrero blanco y botas de montar. Después de intercambiar las cuatro frases que impone la buena educación, descubre rápidamente que soy extranjero y cuál es el motivo de mi viaje. Por su manera de hablar, por el volumen de su voz y su mirada —de arriba abajo, como si aún no se hubiera apeado del caballo— deduzco que se trata de uno de los trabajadores cualificados de alguno de los numerosos terratenientes de la región. «Así que vais a visitar al obispo Dom Pedro —me dice—. Es un buen hombre». Quizá sí que hayan cambiado las cosas, si alguien que trabaja para los terratenientes de la región tiene un buen concepto de Casaldàliga. No sabría decir si es realmente sincero, así pues, tras intercambiar cuatro tópicos sobre Brasil y España intento profundizar en la definición de «buen hombre». «Es un buen hombre pero su tiempo ya ha pasado —añade el vaquero—. Hace unos años, cuando Dom Pedro llegó a São Félix hizo cosas muy buenas para mejorar la vida de los pobres de la región. Pero ahora son otros tiempos y se necesita otro tipo de gente y otro es-

tilo». No necesito insistir mucho para que este personaje pintoresco se desahogue diciendo lo que piensa de él: «Es un radical, se dedica más a la política que a la religión. Quizá haría bien abandonando la política, que es algo que no se aviene mucho con un hombre de iglesia. Lo que le he dicho —concluye— no significa que no considere a Dom Pedro un buen hombre». Después de estos argumentos juzgo más prudente retomar los tópicos sobre Brasil y España hasta el fin del viaje.

El Araguaia, el río que cruza la región de São Félix, se va ensanchando más y más a medida que la avioneta empieza a planear lentamente hacia la pista de aterrizaje. Siento curiosidad por volver a ver a Casaldàliga, por saber cómo se encuentra, anhelo poder escucharlo otra vez... Son muchas las preguntas que me planteo sobre su vida, sobre lo que ha hecho y lo que aún hace en este país. Tiene más de setenta años y hace treinta que vive aquí. Treinta años sin volver a Cataluña que han cambiado definitivamente su vida, que lo han convertido en una figura tan admirada y venerada como perseguida y criticada. Me pregunto qué le habrá podido dar esta tierra para que este sacerdote crecido en el ambiente de la posguerra española, en el seno de una familia de derechas, haya devenido uno de los símbolos de la Iglesia revolucionaria de América Latina.

Al descender de la avioneta el calor y el polvo me golpean y no me dejan respirar. Son casi las doce de un mediodía de finales de julio. Hace treinta años que, por estas mismas fechas, en la temporada seca, Casaldàliga llegó a esta región de Brasil donde el año sólo tiene dos estaciones marcadas por las lluvias. Al final de la larga pista de aterrizaje, lo que podríamos llamar aeropuerto es simplemente una barraca con una báscula. Un par de trabajadores se encargan de los equipajes mientras tres o cuatro personas esperan a los pasajeros. Entre éstas se halla Pere Casaldàliga. Un largo abrazo y una constatación: se conserva igual. El cabello más canoso, la mirada un poco más cansada, pero igual. Sigue tan delgado como siempre, tanto que a primera vista da una sensación de fragilidad que aumenta cuando le miras

los pies: camina prácticamente descalzo, con unas chanclas minúsculas que se han convertido en seña de identidad de todos los que trabajan en la prelatura de São Félix, hasta el punto de que las llaman chancla *prelazia*. Casaldàliga lleva el mismo calzado que la mayoría de campesinos de la región como un signo lógico y evidente de su compromiso, que empezó a fraguarse poco después de su llegada y que ahora es una realidad visible de pies a cabeza.

Nos dirigimos a su casa. «Ya la conoces, es la misma de siempre —me dice—, y estás de suerte porque hay una habitación libre. Tenía que venir el amigo José María Vigil pero ha dicho que se retrasará unos días». Efectivamente es una suerte. La casa suele estar siempre llena de gente: amigos, trabajadores de la prelatura o simplemente gente de paso que pide un sitio para dormir. Es una costumbre que no ha variado con los años. En cambio, en el camino que lleva del aeropuerto a la casa empiezo a darme cuenta de que São Félix sí ha cambiado. A pesar de la pobreza de su gente y de la distancia que la aleja del mundo, en las calles, en las casas y en los pequeños comercios se pueden empezar a ver algunos signos tímidos de modernidad. Los años pasan y São Félix ya no es la misma ciudad que conocí hace un tiempo ni tampoco el pueblo perdido con que se encontró Casaldàliga a su llegada.

Pere Casaldàliga llegó a la región de São Félix a finales de julio del año 1968; el Mayo Francés y la Primavera de Praga eran los símbolos de un mundo que estaba en efervescencia y transformación y la Iglesia acentuaba su proceso de modernización, especialmente en América del Sur con la conferencia de Medellín. Aquel año cualquier rincón del planeta parecía más interesante que las selvas del interior de Brasil. «El hecho de venir a Brasil, aunque pueda parecerle extraño, está relacionado con mi condición de catalán —reconoce Casaldàliga—; los claretianos pedían voluntarios para dos misiones, una en el Mato Grosso y otra en el altiplano de Bolivia. Entonces pensaron que yo, que hablaba catalán y castellano, lo tendría más fácil con el portu-

gués. Y vine a Brasil». Para Casaldàliga el «Mato Verde» significaba la plasmación de todos los sueños acumulados durante muchos años de carrera religiosa. La misión era un destino gozoso, a pesar de que en aquel momento no tenía una idea muy clara de dónde se metía. Había asistido a un curso de formación de cinco meses en el Cenfi, un centro de formación para misioneros donde éstos eran preparados para adaptarse al país, pero lo que halló al llegar a São Félix superaba cualquier expectativa. Era imposible imaginarlo. En el Cenfi, formando parte de un grupo de sacerdotes y monjas numeroso y heterogéneo —Casaldàliga, en una carta dirigida a sus amigos en Cataluña, admira la determinación de aquel grupo y muestra su sorpresa por el hecho de que las religiosas no sean ni feas ni pánfilas—, recibió una formación intensa que lo había de preparar para enfrentarse tanto a una enfermedad tropical como a un jefe indígena. El curso también le sirvió para deshacerse de algunos de los tópicos que tenía sobre el país y para que empezara a intuir por dónde le llegarían los problemas con que tendría que convivir. Brasil, a finales de la década de los años sesenta, era un país pobre gobernado por un régimen militar. Una combinación perfecta para la injusticia social y política.

Llegar a São Félix no fue fácil. Tuvo que viajar durante siete días en camión a través de la selva. Siete días con sus siete noches desde Río Claro, cerca de São Paulo, hasta el Araguaia. Los últimos kilómetros fueron los más duros porque la carretera, que estaba en construcción, era casi inexistente en algunos tramos. Casaldàliga viajaba acompañado por Manuel Luzón, otro misionero claretiano. Los dos debían compartir la aventura de fundar la misión de São Félix y a medida que se acercaban a su destino aumentaba su sensación de estar llegando a un mundo de donde no había retorno posible.

El contraste era brutal. Por una parte, una naturaleza increíble, de una belleza primitiva, especialmente el enorme y majestuoso Araguaia; por otra, una sensación de abandono total: no había correos, ni teléfono, ni electricidad. El ayuntamiento esta-

ba a más de setecientos kilómetros, en Barra do Garças. El pueblo de São Félix no era sino un grupo de chozas a orillas del río. Únicamente seiscientos habitantes que para romper el aislamiento contaban sólo con tres *jeeps* viejos y destartalados. No había ni un médico en toda la región, pero al menos tenían una maestra: una mujer con sólo un año y medio de formación elemental que casi nunca podía cumplir con sus obligaciones porque se pasaba la mayor parte del tiempo ebria. Intento imaginarme cómo se tuvieron que sentir los dos misioneros ante aquel panorama desolador: «Lo he repetido muchas veces —dice Casaldàliga—: mi primera sensación fue de distancias. Las distancias... Yo soy yo y mis distancias. No sólo distancias geográficas, sino también culturales, pastorales... Esto era tierra de nadie. De pronto me sentí en medio de ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados y con la misión de cultivar todo este territorio... Quizá por esto cuando vine aquí me traje sólo libros, nada más. Me dije: nos vamos a aquel fin de mundo y si no tenemos libros no saldremos adelante...».

Los dos misioneros se sentían perdidos en un mundo desconocido. Eran pocos y eran extranjeros. Lo que Casaldàliga experimentó en aquellos momentos se refleja en su diario personal. «Quizá —escribió— necesitaré aquí más que nunca el diálogo interior en medio de tantos silencios... Llegamos a la misión el 30 de julio y ya he pensado y he temido y he esperado y he gozado de muchas cosas. De los hombres, de la naturaleza, de Dios...».

Los primeros pasos se tenían que dar con mucha cautela y con escasos medios. La casa donde se instalaron tenía poco más de treinta metros cuadrados y la iglesia era muy rudimentaria, una choza de barro con el techo de uralita. ¿Qué hacer, por dónde empezar? No eran los únicos religiosos en la región; debían coexistir con otras misiones de adventistas, pentecostales y bautistas y el diálogo era difícil. El espíritu ecuménico de Taizé, una experiencia que en aquellos tiempos fascinaba a Casaldàliga, estaba muy lejos de la ideología de aquellos otros misioneros. Por lo demás, el panorama de la región era deprimente: «Mucha ig-

norancia, rencores políticos, intereses y miseria —escribió en una carta a unos amigos de Cataluña—. Tela no falta. Escribid también. Y sobre todo orad... La gente es sencilla y cordial. También ignorante. Pero con ganas de salir de este estado de pena, de dolor, de aislamiento. Tenemos el río justo a siete metros de casa. Un panorama maravilloso».

Los habitantes de São Félix, la gente a la que se refería en la carta, son en su mayoría inmigrantes del nordeste de Brasil que llegaron aquí huyendo de la sequía brutal que imposibilitaba la vida en su tierra de origen. Sólo tenían dos opciones: la miseria de las barracas de las grandes ciudades del país o la aventura de la selva amazónica. Algunos líderes políticos y religiosos de la época —como el padre Cícero Romao, una especie de Moisés de los habitantes del nordeste que anunció grandes sequías y desgracias para convencerlos de la necesidad de emigrar— los animaron a adentrarse en este «Mato Verde» dibujándolo como una tierra llena de oportunidades y riquezas. Una tierra inmensa donde todos podían tener su lugar. La realidad era, y aún lo es hoy, muy diferente: las regiones del Mato Grosso y del Amazonas, lo que se conoce con el nombre de Amazonia legal, son regiones donde la vida se combina con la muerte. Una tierra dura y violenta como pocas. No parecía que fuera el mejor lugar del mundo para labrarse un futuro, pero quizá era el único adonde podía ir aquella auténtica legión de desheredados que se instaló allí. «Era gente perdida en la inmensidad —me explica Casaldàliga—, gente venida de *chorrada*, que decimos aquí, gente arrasada. De esta gente me impresionó su pobreza pero también su alegría. Las fiestas son fiestas, y los domingos nos vestimos para asistir a misa, para ir al baile, aunque casi no tengamos nada en casa. Hay un sentido de la dignidad personal y evidentemente hay un gran sentido de la fiesta, que es muy africano, muy indígena, muy criollo, muy mestizo y muy latinoamericano. Por otro lado, tuve también la sensación de que se trataba de un pueblo dominado: sí, señor; sí, señora. La famosa política *de cabestro*, como se dice aquí. Nosotros hemos tenido que luchar mucho para

cambiar a los padrinos en los bautizos; este pueblo elegía siempre como padrinos a los comerciantes, a los políticos... Hemos luchado mucho para que eligieran a unos padrinos que significaran algo, que fueran padrinos de la fe de sus hijos y no simplemente un comerciante, un *fazendeiro* o un político. Esta dependencia de los poderosos se arrastra aún de la época de la esclavitud».

Casaldàliga tenía que ganarse la confianza de aquella gente, pero no era fácil. Él y Manuel empezaron trabajando más como enfermeros que como sacerdotes. La salud era un problema abrumador que se imponía por encima de cualquier otra obligación misionera. Las enfermedades tropicales, sobre todo la malaria, golpeaban sin misericordia especialmente a los niños. Difícilmente podrá olvidar nunca aquel entierro de cuatro niños, que fue uno de los primeros entierros colectivos que tuvo que celebrar recién llegado a São Félix. Dos de aquellos «angelitos», como los llamaban llorando sus madres, eran hijos de prostitutas. Casaldàliga recuerda claramente lo que confesó a su compañero Manuel Luzón: «O nos vamos de aquí inmediatamente, o nos suicidamos, o hallamos una solución para todo esto».

La impresión del primer contacto con el que debía ser su pueblo está descrita en su diario de la época: «¿A qué distancia se hallan mis palabras de su alma sencilla, elemental, endurecida por el sufrimiento y el abandono? Gente de carga, traída por la ola de la pobreza, de la soledad, del crimen, propio o ajeno... (¡del crimen colectivo de la injusticia social!)... Gente sencilla, gente que lleva la cruz... Éstos son, a pesar de todo lo que se pueda decir en contra, los pobres del Evangelio».

Había encontrado lo que buscaba: a los pobres del Evangelio. Una misión a la que dedicar su vida. Pero no se puede decir que en aquel momento los pobres de São Félix hubieran encontrado a alguien en quien confiar. Las distancias y el desconocimiento eran aún grandes. Pere y Manuel, sin embargo, contaban con la ventaja de ser católicos. Era un hecho importante a su favor, pues la mayoría de la población de Brasil es católica y necesita a la Iglesia para que le suministre los sacramentos con que

celebrar los momentos más importantes de sus vidas. Durante aquellos primeros meses Casaldàliga vivió situaciones insólitas que requerían respuestas imaginativas. «Para que te hagas una idea de cómo era aquel tiempo —me dice—, en una ocasión yo viajaba por el río Das Mortes y al atardecer, habiendo pasado por Barreira Amarela, cuando el sol en el horizonte nos deslumbraba, vimos que desde la orilla nos hacían señales. Se trataba de un muchacho que nos buscaba para decirnos que alguien se había caído del caballo y que estaba muy grave. Era un hombre, un padre de familia joven, con cuatro hijos... Que fuéramos a verlo. A aquella hora sólo llevábamos suero y pocos remedios más; cogimos la canoa y nos dirigimos al lugar. Cuando llegamos era noche cerrada y ya se oían los golpes del martillo construyendo el féretro, y me encontré al hombre yaciendo sobre unos tablones y a la mujer y sus hijos llorando mientras la gente de la comunidad pedía que se celebrara una misa. No traía nada para decir misa... Yo venía más preocupado por atender al hombre. ¿Tenéis pan? No. ¿Y vino? Tampoco. Y había una pequeña taberna, insignificante, con algunas botellas de aguardiente y unos paquetes de galletas. Cogí las galletas y un poco de *pinga* y celebré la misa. Me pareció que era una buena misa. El pueblo me pedía misa y yo era sacerdote, la Pascua del Cristo bien se puede celebrar con vino de las viñas de Italia, o de las de Cataluña, pero si no había vino ¿por qué no se podía celebrar con alcohol de caña de azúcar?».

Después de lo que me acaba de explicar, me parece que puedo representarme perfectamente la imagen de Casaldàliga en aquella misa, entre aquel grupo de campesinos con un vaso de *pinga* y unas galletas. Creo que a través de esta imagen me resulta más fácil entender el ambiente de aquella época. Hacía falta mucha imaginación para enfrentarse a los problemas y exigencias que presentaba aquel mundo. Por eso Casaldàliga reconoce que, durante aquellos primeros años marcados por la acción, necesitó más que nunca la fuerza de la reflexión espiritual. Una de las cosas que me sorprenden estando a su lado es la importancia que da a la plegaria: «Yo nunca dejaba de rezar el breviario aun-

que me cayera muerto de sueño; a veces me despertaba con el breviario entre las manos a la una de la madrugada. Desde que llegué aquí he orado siempre, y da muy buenos resultados. Pero aquí nunca he dicho nada a nadie por no asistir a misa, nunca. Los estimulo para que asistan, les explico qué significa ir a misa... Pero nunca he dicho que fuera pecado asistir o no asistir. Se podrá decir que tengo una moral relativista, pero no es así: relativizo lo que es relativo y absolutizo lo que es absoluto. Amar a Dios y amar al prójimo es absoluto siempre y en todas partes. Pero practicar ciertas cosas o no, esto ya es relativo».

Casaldàliga tuvo que aprender a relativizar muchas costumbres y creencias durante sus primeros años en el Mato Grosso. A finales de los años sesenta las condiciones de vida y el sistema de valores de la gente del país representaban un verdadero choque para su formación moral. Las *desobrigas* eran uno de los momentos más propicios para el contacto y el descubrimiento. Con este nombre eran conocidas las visitas pastorales que los sacerdotes católicos realizaban a las colonias y a los campamentos de inmigrantes del interior del país. Unas visitas que tenían como objetivo celebrar matrimonios y bautizos. Para él, estas *desobrigas* tenían un objetivo doble: administrar sacramentos y al mismo tiempo conocer mejor a la gente y el enorme territorio que se le había asignado. Fueron unos meses de viajes intensos a través de distancias enormes con medios de transporte primitivos. Si no se podía viajar en canoa por el río sólo quedaba disponible el caballo.

Cuando llegaba a los poblados siempre lo esperaba un grupo numeroso de gente que se había enterado de la visita del sacerdote y que quería bautizar a sus hijos. Celebraba ceremonias colectivas en las que debía bautizar a cincuenta o sesenta niños, como en su primera estancia en el pueblo de Luciara, al norte de la prelatura. Algunos niños eran muy pequeños, de meses, pero la mayoría eran mayores, de hasta seis o siete años, el tiempo que había transcurrido hasta tener la ocasión de encontrar a un sacerdote para celebrar su bautizo.

Se procuraba hacer coincidir las *desobrigas* con alguna fiesta señalada y de esta manera, además de bautizos, también se aprovechaba la visita para celebrar matrimonios colectivos. A veces Casaldàliga debía superar algún conflicto interior porque a menudo la demanda de estos sacramentos provenía de una gente con una moral muy peculiar y con unos hábitos de comportamiento fuertemente marcados por un alto nivel de promiscuidad. Debía tener cuidado para no casar a los ya casados e insistir en la figura de los padrinos en el momento de bautizar a un niño, porque entre tantas uniones, desuniones y amancebamientos se tenía que aclarar y preguntar quién se responsabilizaba de aquellas criaturas. «Esta tierra de misión cuenta con los extremos más pintorescos —escribía en una carta—, desde el paganismo de los indios, pasando por la amoralidad, la indiferencia, la ignorancia supina y la superstición, hasta la fe y la vida cristianas más sólidas, dentro de una pureza elemental, de estas familias que no han visto a un sacerdote en cuatro, cinco o siete años».

Para Casaldàliga, que había crecido bajo la rigidez moral de la España franquista, éste era un mundo difícil de entender y de asimilar. Pero él estaba dispuesto a aceptar a aquella gente tal como era para intentar hacerla un poco más libre y mejor. «En esta tierra es fácil nacer y morir, lo difícil es vivir —dice contundentemente—. Hubo dos cosas que me sorprendieron mucho en aquellos primeros años: por una parte la problemática de los matrimonios y, por otra, la facilidad con que se muere y se mata. Se moría y se mataba y aún se muere y se mata, claro. Yo estaba habituado a un mundo muy de derechas, a veces muy de apariencias. En primer lugar, por ejemplo, durante mi infancia ¿quién podía imaginarse el divorcio? Aquí, en cambio, los matrimonios se hacían y se deshacían con mucha facilidad. Se casaban muy jovencitos, quizá ya habían estado casados, maduraban, encontraban a otro compañero o compañera y formaban otro matrimonio firme, sincero. ¿Y cómo podías decirles que aquel segundo matrimonio era ilícito? En segundo lugar, la cuestión de

las muertes es curiosa pero nos ha hecho pensar mucho. Puesto que no hay justicia para los pobres, todos se la toman por su mano: si, por ejemplo, ha sido violada una muchacha que tiene hermanos y padre, para la mentalidad más primitiva del pueblo sería una injusticia total que éstos no la vengaran asesinando a quien la ha violado. Pero por otra parte, se considera más ofensivo dar un bofetón a alguien que herirlo o matarlo. El rostro es la dignidad de la persona... En aquella época la palabra valía mucho. Había aquello tan característico de un pelo: arrancar un pelo del bigote tenía más valor que redactar un documento. Es mi palabra, el bigote como símbolo de la virilidad, doy mi palabra. Esto recuerda un poco los tratos que hacían los patriarcas de los pueblos orientales. En aquel tiempo la palabra valía, ahora no valen ni los documentos».

Aquellos primeros meses fueron críticos y le sirvieron para labrarse un carácter y un pensamiento que se transformaban a medida que descubría la realidad que lo rodeaba. Casaldàliga había intuido, al llegar a la región, que no había retorno posible. Lo que aún estaba por llegar, las decisiones que estaba a punto de tomar, harían todavía más difícil la vuelta atrás. Sólo unos pocos meses habían sido suficientes para arraigarlo definitivamente a São Félix. Después de muchos años había hallado lo que buscaba y la soledad enriquecedora que vivió durante aquellos primeros meses le sirvió para verlo claro: «Tengo nostalgia de la confesión y agradezco a Cristo la humana beldad de este sacramento —confesaba Pere en una carta a sus allegados—. Vosotros y los demás amigos me parecéis muy próximos. Y veo la vida muy breve, a pesar de que me estoy humanizando, liberando. No espero la muerte con morbosidad, al contrario. Me hace falta paciencia algunas veces, pero dura poco. Tengo paz».

Casaldàliga había hallado una paz que aún conserva. En medio de esta tierra violenta es capaz de contagiarse con la mirada la paz que respira. Conversando aquí con él, a miles de kilómetros de distancia de España, tengo la extraña sensación de estar en casa.